

Concurso de Relatos MFS: Abril

Veintitrés minutos sin acabar. Lo supo porque todavía le ardía en la mejilla la palma caliente que había estado aplastándola contra los baldosines de la cocina, sin dejarle ver más que aquel reloj de pared que su tía Concepción le había traído de Málaga. Le constaba: había contado no una ni tres, sino veintitrés veces exactas la pirueta maquina y estúpida de aquella manecilla de plástico barato que no se resignaba a dejarse caer y en cambio cedía hacia abajo de a poco, como histérica, caprichosa.

Ella no. Ella se había ido al suelo sin titubeos, junto con las verduras y esa falda corta que le quedaba tan bien. Como embestida; embestida a un solo tiempo por todos los putos toros de Pamplona.

Quiso insultar; no le daba el cuero: tenía el vientre hecho un yunque, y por la garganta inflamada no le pasaba más que un hilito de aire. El yeso inmóvil de sus desgarros la confinaba a un escorzo claustrofóbico; sentía todavía la lanza conquistadora atravesándola, curvándola y sometiéndola, estacándola al suelo y la pared.

Respiraba, no obstante, y al parecer, también lloraba. Lo descubrió por accidente, cuando uno de esos gotones salados que se le resbalaban de entre los párpados, dignos del más alérgico de los octubres, le rozó los labios sin preguntarle, dándole una arcada. El espasmo la sacudió torpemente, atascándola más aún en sus calambres, y como en un raptó de lucidez, tuvo el deseo desesperado de nunca haber tenido un orgasmo en su vida.

La vil masa informe de su carne latía, torcida por los embates de una verga que no iba a salirse nunca jamás de la concha ni del cerebro, así se cogiera a un equipo entero de pintores, albañiles, obreros y maestros mayores de obra.

No se sentía desnuda, sino vestida por el mar de abrojos crepitantes que su propia transpiración seca y los fluidos de aquel hijo de puta le tejían sobre la piel. El caudal aciago que se le deslizaba por la rodilla desde la entrepierna, portalgas de encaje de aquel trajecito infernal, le reveló una verdad ineluctable: tenía frío, estaba congelada, como si su sangre le hubiese defraudado las carnes, despojándolas hasta del calor más patético.

Sus muslos ardidados y ajados se hundían en el suelo, que se le antojaba negro y abstracto, como las raíces de un sauce en un pantano. La súbita idea, rápidamente descartada, de que la tensión de su rodete, por milagro conservado y relativamente prolijo, pudiera ser en realidad aquella mano velluda omnipresente asiéndola de los cabellos, la arrancó de su sopor.

Entonces, se percató; abrió sus ojos enormes y pensó en los ahogados que dan su última brazada observando el cielo, desorbitados, esperando algún milagro idiota como el empezar a respirar por el iris. Allí estaba, triunfante, heraldo fílmico de su muerte en vida y corresponsal de sus desgracias, a metro y medio del zócalo, babeándose de luz y gula, ansioso por exhibirle su nuevo rostro, esperando por ella, el espejo.

“¡Guardatelo!”—le grito Paula, y ya no respiró más.